

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

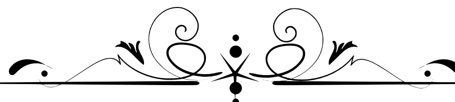


Un viaje a Siracusa

La filosofía en la universidad y su sino

Marlon Orozco Baños
Octubre de 2010





La decisión de escoger alguna de las preguntas que se platea en la convocatoria para este coloquio es difícil, puesto que todas son pertinentes y de todas ellas cabe esperar una discusión amplia que nos lleve no sólo por los caminos de la especulación teórica, sino a un replanteamiento de lo que busca la universidad y de lo que busca la filosofía y, así, de lo que busca la carrera de filosofía en una universidad; en la Universidad Nacional de México, en particular.

Más difícil, empero, que escoger alguna pregunta a la que atender especialmente, resulta el pretender dejar de lado las demás, pues la ligación que hay entre todas ellas es tan íntima que no es posible referirse a una sin tocar a las otras. En lo que sigue, se tratará —de manera breve y sucinta, como lo exige el tiempo y el carácter de una ponencia— el tema de la relación entre la filosofía y la universidad comenzando, desde luego, por ver cuál es el sentido de cada una de ellas y después tratando, a partir de

Leída en el Tercer Coloquio Filosófico de Estudiantes *De la academia platónica a la UNAM: La filosofía y las humanidades dentro y fuera del claustro.* (FFyL, UNAM). Lunes 11 de octubre de 2010.

ello, de establecer la relación que entre estos dos ámbitos de la vida humana —tanto individual cuanto socialmente— se da y puede darse.

1 El sentido de la universidad

La universidad, institución educativa, tiene por fines formales la *enseñanza* y la *producción* de conocimiento; y por fines prácticos la *formación* de *licenciados* en diversas áreas de este conocimiento, y la *investigación* científica y humanística, respectivamente.

1.1 La enseñanza universitaria

Las facultades de la universidad revelan en su nombre su función: son ellas las que *facultan*, las que están autorizadas por ley para otorgar grados académicos, son las que decretan quién está *licenciado*, quien es *maestro* o *doctor* en alguna materia, ciencia o profesión y son, desde luego, las encargadas de impartir el conocimiento que formará las capacidades de quienes se gradúen en su seno.

Para tales fines, y ya en el área que nos ocupa, ha de ser posible determinar quiénes poseen o no, así los conocimientos como las aptitudes *propias*, no de un filósofo, sino de un *licenciado en filosofía*. Los requisitos que se piden para el ingreso no incluyen qué tanta *filía* se tenga por la *sofía* (cosa que, por otro lado, es incuantificable), sino el conocimiento general demostrado —ya en un examen, ya en el promedio general del bachillerato— y la mera intención del alumno de hacerlo sin, desde luego, indagar los motivos de ésta. El papel de la universidad a nivel educativo no es el de seleccionar quiénes sean aptos para la filosofía (cosa que, en *República*, Platón estima en labor de unos cincuenta años)[1] , sino proporcionarle los conocimientos a quienes así lo deseen y estén capacitados para ello (y, en nuestro caso, a quienes los recursos lo permitan).

¿Qué conocimientos? No ciertamente aquellos que, como en la mayéutica socrática, nacen del pupilo por su propia inspiración con la pronta asistencia del mentor, sino los que, estando primero en posesión de los profesores, puedan luego pasar a los alumnos: la historia del pensamiento filosófico. ¿Qué capacidades? No ciertamente aquella de poder encontrar respuestas en donde antes hubo sólo dudas e inquietudes, sino la que pueda demostrar cualquiera con tal de que ponga empeño y disciplina en el asunto: la exégesis de textos.

[1]Cfr. Platón. *República*, Libro vii

1.2 La investigación universitaria

Al ser la universidad un organismo público (no sólo en su carácter de mantenido por la nación y entregado a su beneficio, sino en el de que lo que en ella se hace se proyecta más allá de su seno) en el que *es oficio* la investigación filosófica, ha de haber un modo, una cualidad que sea capaz de diferenciar y delimitar el conocimiento que se haya en el calle, en los medios de comunicación masiva o en el refranero popular del que se da dentro de la institución académica. Y no sólo se trata de una manera distinta de hablar, sino también ha de tratarse de un tema distinto, uno que no nace de la ocurrencia de un día, sino que se ha venido elaborando a partir de una formación cultural y de especialización en un asunto específico. La academia, pues, requiere de un **método** para diferenciarse de la no-academia.

En el caso de las ciencias exactas, biológicas, médicas, técnicas, etcétera, este método es más o menos claro: la experimentación, el registro, la estadística, la comparación… y esto llega a aplicarse —y hasta con preferencia— incluso en las ciencias sociales: la cuantificación, clasificación y predicción se vuelven las exigencias de sus disciplinas.

No se trata de que —como, sin embargo, muchos pretenden— el conocimiento que en las universidades se produce deba tener como fin una función práctica, pero sí de que éste conocimiento sea destacable y veraz, y que lleve a alcanzar una verdad, a aclarar una inquietud, aunque ésta resolución no equivalga a rentabilidad monetaria.

Y, ¿qué pasa con las humanidades? ¿Pueden acaso, estando insertas en el ámbito universitario, alejarse de la cuantificación del saber que en sus facultades y sus institutos se produce? La respuesta es esclarecedoramente indubitable: no pueden. La investigación en la universidad —como la educación— no puede limitar a nadie por su falta de perspicacia veritativa, por su falta de preocupación por la realidad que es él mismo, ni porque le importe poco si una vida sin examen merece ser vivida.

Y, sin embargo, algún conocimiento hay que producir: el mismo conocimiento historiográfico-exegético que luego se enseña en las aulas. Es necesario que exista un procedimiento *característico* por el que se pueda dar por filosófico-académico un ensayo o un discurso: es necesario que haya una *técnica filosófica* que *cualifique* un estudio técnico y que juzgue su pertinencia y su validez; una técnica que, como todas, consiste en la aplicación certera de unas reglas medianamente establecidas, y esto ha de hacerse con un rigor que debe respetarse como el principio mismo que funda la posibilidad del conocimiento que se busca. De tal manera que se escriben artículos, tesis y libros completos que se intitulan como *La definición del tiempo en la estética trascendental de la* CRÍTICA DE LA RAZÓN PURA *y la posibilidad de la aritmética como ciencia* o *El motor inmóvil aristotélico y su relación con la idea del Bien platónica estudiada en*

los escritos de Werner Jeager[2]. La misma convocatoria para este coloquio pide "incluir bibliografía y aparato crítico" como característica de cualquier ponencia que se envíe a consideración. Además, desde luego, de que es gran factor de prestigio académico —y, de manera relevante, de la posibilidad de obtención de estímulos y becas— la *cantidad* de artículos publicados o de capítulos en libros, etcétera. Se exige una formación constante y se exige probar que se la tiene para tener derecho a la palabra. Se exige, pues, a aquél que tenga interés en *filosofar profesionalmente* que lea mucho y que escriba mucho; de esta manera, uno puede pensar que los ámbitos propios de la filosofía son la lectura y la escritura... Pero esto no es así.

2 El sentido de la filosofía

El ámbito propio de la filosofía es, antes que nada, **la vida**. Y sus manifestaciones son, no la escritura y la lectura, sino el pensamiento y la palabra (los cuales, obviamente, no excluyen a las anteriores; pero tampoco las incluyen completa ni exclusivamente).

No la ejecución del pensar filosófico, ni "el conócete a ti mismo" délfico, ni el *thauma* de ser y de lo del mundo, ni la consciencia de la propia finitud se adquieren ni se realizan en los libros. Un filosofar auténtico puede darse en el más rupestre de los campesinos, en el más solitario de los ermitaños o en el más inculto —si cultura se entiende en el sentido de un tipo de conocimiento teóricoestético específico— de los analfabetas. Por otro lado —y como diariamente es posible comprobarlo en esta misma facultad—, el más erudito, el más dedicado lector de toda la literatura filosófica y técnico-filosófica puede muy bien carecer de la menor filiación y del menor compromiso con la verdad que enseñan el mundo y el propio ser.

El filosofar auténtico sólo puede venir de la preocupación que alguien tiene para consigo y para con lo suyo, debe ser un pensamiento que nazca de la necesidad de *darse razón* del mundo en el que vive, del tiempo en el que es, de la responsabilidad que tiene cada cual con *su* vida. Se trata siempre de una respuesta a lo que se le presenta como angustia de lo ignoto, es un sentimiento y una actividad tan *vitales* que poco pueden separarse de quien los encarna, sino a costa de su petrificación, de convertirlos en el cadáver inanimado del que tanto gustan los vivisectores y taxónomos del mundo (los científicos, los técnicos).

¿Por qué se ha de buscar en las palabras y en los tiempos de otro el respaldo que pueda dar voz a *mi* palabra? ¿A caso es el hecho de no haber pasado ya por el juicio de la historia, de que mis textos no hayan sido leídos durante siglos una condena para

[2] Estos títulos son ficticios y se escriben con el único fin de ilustrar una tendencia y una manera en la que se entiende la filosofía.

que mis palabras no hayan tampoco de ser escuchadas?: Sí, si se busca que las escuchen quienes se interesan poco por la realidad de la vida y mucho por la erudición y la vana disputa. Pero, ¿hace falta que *ellos* —o que ningún otro— las escuchen y las aprueben para que se realice el filosofar? No, aunque es prácticamente imposible permanecer callado cuando se ha alcanzado alguna verdad que es tan cara en la propia vida, aun cuando poco o nada importe a los más.

Nunca la filosofía necesitará —para ser tal— publicidad, nunca el filósofo dejará de serlo por no escribir o por no salir de la imprenta libros suyos.

3 Filosofía y universidad: el sentido entreverado

Entonces, ¿cuál es el sentido de que haya una Facultad de Filosofía y Letras? ¿Responde esto a una necesidad de la academia o de la filosofía? Esta respuesta nunca podrá ser tajante, pero hay un par de cosas que sí puede decirse sin desdoro: que responde a una cierta manera de concebir la academia y a una cierta manera de concebir la filosofía. La universidad es, antes que nada, una institución *social* y el sentido y la razón de su actuación están atados a las necesidades de la sociedad; como tal institución, la universidad tiene un vínculo más *fundamental* con la sociedad en la que se gesta, mientras que la filosofía, si no se quiere conceder su universalidad —dependiendo de la concepción que de ella se tenga—, es sin duda mucho más trascendente.

3.1 El académico ante la filosofía

El académico (en cuanto que tal y sin negarle la posibilidad de que sea *además* amante del saber) tiene por oficio el *estudio de* la filosofía, lo cual supone que hay un una dimensión específica de la realidad a la cual busca aclarar. Pero existe una peculiar exigencia propia de todo lo que pretenda encarnarse en un conocimiento riguroso: la referencia a un campo *objetivo* en el que se encuentre, para la verificación de quien lo quiera, aquello de lo que se habla.

Pues bien, ese ámbito *no puede ser otra cosa* que la historia de las ideas. ¿Y por qué no puede —se preguntará con acierto— ser la realidad misma? En primer lugar porque "la realidad misma" es una materia tan al alcance de todos que, dicha como tal, no puede distinguirse de la opinión de cualquiera que pase por la calle: en algo ha de residir la *sabiduría* del académico. En segundo lugar, porque no hay cabida para el *aprendizaje* de la realidad (pues la realidad no es palabra que se delega, sino facticidad) durante cuatro años de licenciatura, dos de maestría y cuatro más de doctorado.

Es decir que el académico ha de ver y tratar a la filosofía como a un objeto y no como a una actividad ni como a un compromiso ni como a una necesidad; y por tal motivo ha de buscar la manifestación más objetiva de ésta: los textos. Y ha, *con muy buena técnica*, de diseccionarlos y, una vez comprendido su funcionamiento, ha de tratar de insuflarles nueva vida con sus nuevas palabras que re-dicen lo ya dicho, aunque con un destinatario más contemporáneo y más general (aunque a veces es uno más restringido).

Sólo así se explica el oxímoron dicho antes: la *técnica filosófica*.

3.2 El filósofo ante la academia

Más atención —por su mayor importancia— ha de merecer la situación del filósofo ante la academia.

En estando en el ámbito académico, el filósofo se encuentra inmerso en una estructura que exige, bajo el nombre de "filosofía", muchos requisitos que no son filosóficos *de suyo*, sino que reclaman tal carácter por una pretendida e imposible ósmosis cuasi física. Se encontrará también con que se fomentará y casi exclusivamente se le permitirá desarrollar un pensamiento descriptivo y limitado no sólo por la especialización, sino por la condición —inherente al método mismo— del objeto de su investigación, en detrimento de un pensamiento propositivo y descubridor de la realidad. Se le exigirá que tras cada palabra que pueda decir haya tres o cuatro citas de palabras de otros y se le empujará hacia la tutela de los pensadores y del pensamiento europeos, obligándolo a una estremecedora desvinculación con la realidad de *su* vida puesto que, como *la filosofía* (esto es, el objeto de estudio del académico: la historia del pensamiento filosófico) se halla en francés, alemán o inglés ha de voltearse hacia estas lenguas y a sus países para alcanzarla, contradiciendo el instinto y la necesidad que tiene el filósofo de volcarse en el estudio de *la* propia realidad a la cual sólo se puede tener acceso mediante la vida propia.

Empero, ya que nadie obliga al filósofo a entrar en la academia (no, por lo menos, directamente, sino al contrario las más de las veces), debe haber una razón por la cual haya decidido buscarla, ¿qué es lo que obtiene o espera obtener el filósofo en la academia? En primer lugar, filosofía o, más específicamente, un lugar en el cual poder practicarla junto con otros filósofos y en el cuál aprender, sí, la historia de las ideas filosóficas, pero *no dedicarse* a ella. Sabida es la exigencia social de una formación profesional y, ante esa exigencia un amante de la verdad a sus —filosóficamente— tiernos dieciocho años (que en su mayoría habrá dedicado a vivir, si es en verdad filósofo, y no a la formación de un curriculum precoz) le parecerá que muchos o algunos de los que se encontrare como compañeros y la mayoría de sus profesores fomentarán el acto filosófico en vez de deprimirlo, como antes se vio.

Pero también, y en ámbito más adulto, el *ejercicio* de la filosofía académica permite obtener los ingresos monetarios suficientes para mantener la vida en esta sociedad básicamente capitalista. No es, desde luego, la pretensión manifestada por Sócrates de vivir en el Pritaneo, pero es una forma en la cual una actividad con el nombre de "filosofía" encuentra una remuneración que permita dedicarse a ella con exclusividad y sin preocupación por la manutención material. Pero la situación dista mucho de ser ideal; la docencia y la investigación académicas son un trabajo en el que —como en todo trabajo asalariado— se paga en cambio por el tiempo que la persona dedique a hacer lo que se le indique que haga y que, aún con la libertad de cátedra y de investigación, está sujeto a una burocracia (así administrativa como académica) que delimita muy bien las tareas que competen a cada uno.

Y están, desde luego, el SNI, y los PAPIIT, PAPIME y las becas y los viajes al extranjero y tantas otras cosas por las que un buen académico ha de preocuparse… aunque el filósofo no.

Pero, ¿cómo vivir de ser filósofo-académico sin renunciar para ello a ser filósofo-vital, puesto que amabas condiciones son incompatible (i. e., imposibles de darse *al mismo tiempo* en la misma persona)? Cierto es que, en algunas circunstancias muy especiales, es posible publicar más allá de la convencionalidad y tradición académica; pero para eso hace falta, luego de muchos años, haberse levantado —a través de ella— por encima de la ortodoxia académica, pero, ¿cómo hacerlo sin —como dijo el poeta— mancharse el plumaje, sin ceder a la exigencia de renuncia a la realidad de lo que se es?



Se cuenta que[3] Platón, invitado sucesivamente por los tiranos Dionisio el Viejo y Dionisio el Joven de Siracusa, y animado por su amigo Dion (cuñado del primero y tío del segundo) realizó tres viajes a la polis en la isla de Sicilia, y que en esos viajes se intentó más de una vez influir en el gobierno (e incluso fundar una polis) para instaurar los principios del Estado platónico. Todos ellos, en resumen, terminaron en un gran fracaso —incluso con serio riesgo de muerte para el ateniense— por motivos muy cercanos a la política y muy lejanos al estado ideal que Platón había concebido. Cabe la pregunta de si la inclusión de la filosofía en la academia universitaria no es, como muchos otros, un viaje más hacia la Siracusa donde la realidad implacable destruye los anhelos de llevar al mundo público el empeño muy particular del filosofar…

Muchos temas quedaron sin tocarse y varios sin ser explicados como es debido; sin embargo, el tiempo para hablar [el espacio para escribir] se agota. Esta discusión —insisto— debe darse a una escala mayor que un coloquio y debe tener por fin no meramente exponer las ideas y el análisis que muchos tenemos al respecto, sino poder delimitar los alcances pretendidos y posibles de una Facultad de Filosofía.

[3] Cfr. Diógenes Laercio. *Vidas de los filósofos más ilustres.* Libro III, §§11-14.

No sé si sea imposible conciliar ambos intereses (el de la filosofía y el de la academia); pero sé con certeza que, si lo fuera, haría falta un esfuerzo inmensurable para conseguirlo. Y creo que siempre es un tiempo indicado para comenzar a hacerlo.